

2PG - LA TRAGICOMEDIA DE LOS PRECIOS

No bien nacida la Sociedad de las Naciones, institución arcangélica, su decadencia es ya visible. Formose, como no ignora ningún lector, para evitar las guerras entre los Estados, las guerras patrióticas en defensa de las banderas sagradas e inconsútiles que constituyen las enseñas gloriosas de las patrias. Pero este género de truculentas trifulcas, por virtud, sin duda, del terrible escarmiento que ha dejado la última, no es fácil que se repitan. El actual estado de conciencia del mundo haría imposible un conflicto del carácter de los desatados entre diversos pueblos el año 14. Una guerra surgida de la oscura acción de los gobernantes,

que ellos solamente conocen, y de unas cuantas notas de la diplomacia, cuya intención mantienen en hermética reserva los embajadores; una guerra, en fin, decidida clandestinamente por la voluntad de un puñado de supuestos próceres a quienes quizá el juicio de la Historia califique de vesánicos, tropezaría hoy con la rebeldía general de los pueblos. O, por lo menos, con una huelga unánime de brazos caídos, inertes ante el mandado de volver a empuñar las armas. Tal es hoy para cualquier observador vulgar el estado de espíritu de las masas europeas. Los móviles que ahora las agitan son muy distintos de aquellos que en 1914, sin una explicación previa y suficiente, las llevaron a una hecatombe sin ejemplo en los anales del género humano, dejando una estela de horror que perdurará hasta la consumación de los siglos.

Y no estando ya dispuestos los pueblos a enzarzarse en guerras del tipo de la pasada, resulta patente que la Sociedad de las Naciones, como institución organizadora de la paz —de un determinado género de paz, correspondiente a un género de guerra determinado— se ha quedado sin problema que resolver. El humanitario organismo se encuentra, hoy por hoy, y quizá por siempre, en cuanto se refiere, por lo menos, a las grandes potencias, con que ha desaparecido la causa que dió origen a su nacimiento. Puede ello inferirse de la absoluta y helada indiferencia que se observa en todas partes respecto a las reuniones que periódicamente y en distintos puntos celebran los delegados del Tribunal pacificador. Ellos mismos han debido notar que no corre, por ahora, peligro alguno el género de paz que tienen la misión de defender. Y así los hemos visto, en las reuniones de San Sebastián, ocuparse de los transportes, de la higiene y de otros asuntos propios de la gestión interna e internacional de los Gobiernos constituidos.

No quiere esto decir que la Sociedad de las Naciones sea un

organismo inútil. La santa intención de su origen basta para justificar su duradera existencia. Sólo se quiere apuntar que su misión de hacer imposibles las guerras patrióticas carece, por ahora, de urgencia.

Y como los evangelistas del buen acuerdo entre las patrias son todos estadistas eminentes, austeros y laboriosos, al faltarles el asunto principal encomendado a las deliberaciones de su alto y humanitario juicio, han llevado su atención a otros temas, no menos interesantes, relacionados también con la paz, aunque muy distinta de aquella en que ellos fueron llamados a intervenir.

La Sociedad de las Naciones acaba de publicar una estadística del grado en que se ha encarecido la vida desde 1914 a 1920. Los delegados del imponente Tribunal, han terminado en estadígrafos de la alimentación. La gran institución ha descendido a despensera. No faltan espíritus superficiales a quienes esta labor les parece impropia de tan eminentes varones. Disentimos de este parecer. Los pacificadores, aunque lo sean solamente de un determinado género de paz, han de acudir allí donde exista cualquier motivo de guerra. Deben ser como los bomberos, que no hacen distinción de género de incendios, acudiendo con igual diligencia a sofocar cuantos se produzcan. Y no es el encarecimiento de la vida flojo motivo de hispidas y magnas trapatiestas políticas y sociales. Los miembros de la Sociedad de las Naciones insinúan con su estadística a los Gobiernos el mismo consejo que Don Quijote daba al futuro gobernador de Barataria, el único bueno que ha existido en España: "Para ganar la voluntad del pueblo has de hacer dos cosas: la una, ser bien criado con todos, y la otra procurar la abundancia de los mantenimientos; que no hay cosa que más fatigue el corazón de los hombres que el hambre y la carestía."

Nunca tan adolorido y fatigado como en estos tiempos anduvo el corazón de los pobres. Según la estadística de la Sociedad

de las Naciones, he aquí el grado en que se ha encarecido la vida en los principales países: en Inglaterra, 235 por 100; en Estados Unidos, 196; en Suiza, 237; en Italia, 300; en los departamentos de Francia, 321; en París, ¡339 por 100! Nada nos dice la estadística de España; pero sustituid los números por quejidos y tendréis una impresión equivalente. El mejor programa de vida está hoy en el Chaco paraguayo, debajo de un bananero (quede en americano el nombre del plátano) y prescindiendo de todas las formas de condimento y atavío, acaso absurdas, que ha creado la civilización.

II

La carestía progresiva va poniendo sombrío y ceñudo el semblante del mundo. Y a la cólera sorda o airada, según el grado de energía que nos va dejando la anemia, se agrega la desazón que nos causan los abstrusos y laberínticos argumentos de economistas y sociólogos para explicarnos el origen de la inopia y de la gazuza.

Dejando de lado los textos de Economía, pues ante lo que ocurre no hay texto que se tenga en pie, vamos a intentar una explicación sencilla y, si queréis antieconómica, de la carestía de los pueblos neutrales.

Cuando estalla una guerra, antes de que las milicias y profesionales de las armas se movilicen y choquen los ejércitos, ya el comercio, mucho más ágil que los soldados, se ha movilizadado, se ha puesto en pie de guerra y ha chocado con los consumidores, gente inerme y pasiva, poniendo los artículos en condiciones más difíciles de ser tomados que los fortines y las trincheras.

En toda guerra, el consumidor es derrotado de una manera inmediata, fulminante, antes de haberse disparado un tiro. Y queda vencido sin gloria, sin brillo, sin resonancia en los siglos, de una manera opaca, oscura, gris. El soldado cae con gallardía, glorio-

samente, seguro de vivir en las "páginas de oro" de la Historia, que equivale a resucitar entre los huríes. El consumidor, por el contrario, cae sin que se entere nadie, sin la ilusión de la posteridad, que, según Schopenhauer, la constituyen los imbéciles del porvenir. Alejado del estrépito de las armas, el desventurado consumidor busca con afán humilde un panecillo, un puñado de legumbres y un poco de carbón para no arrecirse; carbón, pan y legumbres que el comercio atrinchera tras de unos precios inasequibles para bolsillos de tiro corto.

Cualquier actitud es preferible en una guerra a la actitud de pasivo consumidor civil. En medio del fragor de las batallas y de los enfervorizados ideales, el combatiente come, como quizá no comió nunca, porque el Estado es espléndido cuando se ve apurado. El consumidor civil, en cambio, libra con la milicia de los mostradores una lucha sorda, continua, en la cual sale siempre vencido sin lucimiento alguno. Así, pues, cuando estalla una guerra, lo mejor es arrojarse en ella, aunque seamos poco arrojados. La muerte es probable ; pero se muere de una vez, brevemente y... ¡con honra!; mientras que, atenido al humilde papel de consumidor civil, se padece lo mismo, pero lentamente, por anemia paulatina, sin honra ni gloria. No le queda al consumidor más medio de defensa que la abstinencia gradual, la sobriedad, el ayuno metodizado. La norma de vida para tales casos la dió Orfeo, a quien su condición de primer músico de la Humanidad no le impidió formular una teoría económica superior a todas las de Stuart Mili: *«Cuanto más se disminuyen nuestras necesidades —dijo Orfeo— más nos acercamos a la divinidad»*. Este pensamiento es digno de quien domaba a las fieras con la música y aplacaba las exigencias del estómago con visiones celestiales.

San Francisco dió a este concepto una forma más musical que el mismo Orfeo: **«Yo necesito poco, y este poco lo necesito**

poco» Si el pobrecito de Asís fuera un consumidor de nuestros días, lo poco que necesitaba poco, no lo hubiera obtenido sino pagando mucho, cosa que él, rico en sueños divinos, no podría.

Al estallar una guerra, el comercio es de una prontitud pasmosa en sus cálculos y decisiones. Cuenta Chamfort que un aguador llegó un día hasta las filas de un ejército a vender el artículo creado por la industria espontánea y permanente de las fuentes. Llevaba un cubo o balde en cada mano, gritando a cada instante: *«A dos sueldos el vaso de agua»*. Vino una bala rasa y le llevó uno de los baldes. El aguador, símbolo admirable del comercio en la guerra, gritó al punto, sin inmutarse: *«¡A cuatro sueldos el vaso de agua!»*

Una guerra, por muy extensa que sea, como la última, es siempre una tragedia localizada.

La contumelia, o riña cara a cara, tiene sus límites geográficos. Pero los efectos comerciales de una guerra, por pequeña que sea, se extienden en seguida a todo el universo.

El comerciante, así esté en los antípodas con relación al punto conflagrado, apenas oye la palabra «¡guerra!» se pone en guardia frente al consumidor, elevando inmediatamente el precio de los artículos, aunque estos sean fruto natural de los antípodas, es decir, aunque no procedan del punto en guerra, sino de aquel remoto lugar en que se halla el expendedor, y aun cuando su exportación sea imposible.

No se busque el origen de este fenómeno en ninguna escuela económica; no se hallará en los ricardianos, ni en los fisiócratas, ni en los manchesterianos, ni en los marxistas, ni en ningún otro sistema igualmente conocido. El origen hay que buscarlo fuera de la órbita de la Economía doctrinaria y libresca. Pertenece a los dominios de la psicología vulgar. Cuando arde una casa súfrese la impresión de que puede quemarse todo el barrio, y cuando todo el

barrio está en llamas, se cree que puede reducirse a cenizas toda la ciudad. Lo mismo ocurre con las guerras. Producida la sensación temerosa, el comercio, interesado en fomentar el espanto, especula con este estado de ánimo del pobre consumidor. Y se eleva el precio de todos los artículos, ya se trate de los procedentes de los países en guerra, como de aquellos de producción local e inexportables, sobre los cuales ninguna influencia económica puede tener la lejanísima trifulca armada.

Ahí va, en apoyo de este aserto, un ejemplo ilustrativo. Al estallar la primera guerra de los Balkanes, subió en seguida el precio de las patatas de Soria. Yo no acertaba, aunque para ello repasara en mi memoria las diversas escuelas económicas, a encontrar punto alguno de relación entre la guerra balcánica y el encarecimiento exorbitante del tubérculo, de esta trufa del pobre, que en tanta abundancia producen las tierras sorianas.

— «¡La guerra, caballero, la guerra!» —me dijo un distinguido patatero, queriendo, con esta patarata, sacarme de mi perplejidad.

Parmentier, el difundidor de la patata, el hombre más útil que ha tenido la Humanidad, debió sentirse acongojado allá, en el cielo, donde seguramente se halla a la diestra de Dios Padre. No acertando, con auxilio de los textos económicos, a comprender el fenómeno, pensé, quizá sin razón —pues no atribuyo excesiva razón a mis pensamientos— que el comercio no es una ciencia, sino simplemente, como dicen los Goncourt, «el arte de abusar de alguno que necesite alguna cosa». Y como en todo abuso la conciencia exige, para acallarse, una disculpa, por descabellada que sea, llegase así a cohonestar y hallar una «estrecha» relación entre la pelotera balcánica y el encarecimiento de las patatas en Soria.

Un gran filósofo, irónico y cordial, ha dicho que nadie oye más disparates que los cuadros de los museos. Es un error.

Quienes más desatinos escuchan, en tiempo de guerra, son los consumidores de los países neutrales. El expendedor no se detiene nunca en la absurdidad de sus razonamientos, con tal de mantener la elevación de los precios. Pase que se entre a saco en el bolsillo de los consumidores; pero es inadmisibile que se hiera su sindéresis con soflamas, tretas y solercias inverecundas, con argumentos, en fin, lógicamente indeglutibles.

De todas las clases sociales, la que más sufre es la clase media. Entre la numerosa plutocracia formada por los nuevos ricos, que son legión en Europa, y el proletariado que, acosándola a fuerza de huelgas y actos de violencia, va logrando arrancar algunos «pelos al conejo», la pobre clase media cruje apretada por la más angustiosa penuria. Y lo curioso es que siendo la clase media, debido al régimen democrático de casi toda Europa, la verdadera dueña del poder público, no puede o no sabe hacer nada en su favor. La mesocracia maneja un mundo del cual son dueños la plutocracia y el proletariado.

Nunca ha sido más difícil la situación de los que no pueden vivir de rentas ni de trabajo manual: burocracia, dependencia comercial, horterismo, profesiones liberales, profesorado.

El mundo es del capital y de los brazos, no de la inteligencia en su infinita escala, desde el metafísico aguileño hasta el zarramplín de redacción. Kant, el egregio padre de la Filosofía moderna, incapaz, como ha logrado Bergson, de poner su pensamiento, en conferencias mundanas, al alcance de las damas, ganaría hoy menos que un carpintero. No estoy muy seguro de que esto sea injusto, pues si la Filosofía, según Anatole France —el gran folletinista de ella— no tiene más valor que los solitarios con que las damas metidas en años van matando su aburrimiento, es posible que el hacer una puerta sea labor más útil que crear la "Crítica de la Razón Pura". Nunca, sin embargo, impedirá ello afirmar que Kant,

cerebro cósmico, verdadero ejemplar de lujo en la vasta y basta edición humana, tiene tanto derecho a vivir como el más hábil ebanista.

Pero el derecho, según Ihering, maestro en la materia, es un bien derivado de la fuerza que se tiene para imponerlo. Y un filósofo es un hombre cuya artillería conceptual sólo tiene alcance y hace blanco, después que se ha muerto el artillero, quizá por falta de municiones de boca.

Se ha dicho que el malestar de la clase media procede del pudor que siente para exponer en público su miseria. He ahí encerrada la psicología de la mesocracia, no sólo de España, sino de todas partes, aunque, más que a la de otros países, sea aplicable a la española. Razón tiene Michelet al afirmar que la mayor miseria está en no saber ser pobre. El hijo de la clase media no revela su penuria. Antes, por el contrario, la oculta y hasta simula bienestar. Esta pueril actitud ha dado a las derechas españolas muchos ridículos conservadores de tres pesetas. El mesócrata no se le sube a las barbas al rico, como hace el pobre, con muy buen acuerdo, sino que trata de imitarle en sus formas de vida, aunque la imitación resulte por falta de pecunia, la más triste de las parodias. Y el problema se complica aún más cuando se trata de países como España, en que existe una larga tradición de señorío presuntuoso y de hidalguía farolera que induce a cubrir una realidad misérrima con apariencias de esplendor.

Difícil es luchar, como clase, por salir de la estrechez, si se empieza por ocultarla. Los obreros proceden a la inversa; pintan en todos los tonos su miseria, y hasta la exageran con pinceladas sombrías para dar mayor fuerza a sus argumentos reivindicatorios. Por su parte, la plutocracia llora a lágrima viva una supuesta ruina si le falta la protección del Estado; arancel monopolizador del mercado interno, tratados de comercio imposibles, disciplina so-

cial, orden, para porque, si no, perecerán la industria nacional, la riqueza nacional, las fuerzas vivas nacionales, el porvenir de la nación. Para los plutócratas, todo lo suyo es nacional y patriótico. Los consumidores son chinos.

Tanto unos como otros, los ricos como ricos y los pobres como pobres, se revuelven, protestan, piden, claman. Sólo la clase media sufre en silencio. El mesócrata no procede como rico porque le faltan las armas, los dineros, y no tiene —contenido por un sentimiento vergonzoso, de señorío fracasado— arrestos suficientes para luchar por la vida metido en las filas de los pobres.

Pero las situaciones angustiosas tienen, al fin, un desenlace. Las revoluciones políticas más hondas las ha hecho siempre la clase media al depauperizarse. Llega un momento en que el sentimiento vergonzoso de mostrar la miseria tiene su término, y entonces la sorda irritación acumulada produce su estallido, lleva, como en Francia, las testas coronadas a la guillotina, abate privilegios, monopolios y sinecuras, y transforma de raíz la estructura política y económica del Estado. Cuando la clase media pierde el sentimiento vergonzoso de su penuria, la revolución está en la calle. Nada encierra tanto peligro para las instituciones de un país como la franca irritación del señorío menestersoso.

Como ninguna otra está ya puesta en el calvario la clase media española. ¿Convendrá ello para el porvenir de España? Quizá... Por omisión, por inercia, por falta de civismo de la clase media, nuestro país ha sido y es el peor regido del Universo. En vez de indignarse ante esas miserables taifas que turnan en el Poder, sin la más mínima aptitud moral ni científica para ejercerlo, se ha afiliado a ellas, contribuyendo a enturbiar las fuentes del sufragio y a la degradación general de la vida pública. Llegue, pues, la clase media hasta la última cruz de un calvario trazado, en buena parte, por ella misma. Y acaso allí tenga, antes de la crucifixión definitiva,

un arranque cívico que sea el verdadero punto de partida de la revolución nacional, de una vida colectiva más pulcra, más alta y más noble. Porque los cambios profundos de un pueblo no están en manos de los de arriba, ni de los de abajo, sino de los del medio...

Francisco GRANDMONTAGNE
Diario El Sol. Madrid (20/10/1920), N° 997 Pág.5